

## Flores rojas en el camino

Francesc Savalls, héroe catalán de las tropas carlistas, era el claro exponente de los tiempos que vivíamos. Para unos era feroz y sanguinario, y para otros el inteligente jefe hecho a sí mismo en los campos de batalla ampurdaneses. Como en casi todas las biografías, Savalls tenía un poco de todo: era un romántico luchador y al mismo tiempo un desobediente y cruel jefe guerrillero. Por aquellas fechas, al frente de sus voluntarios, había derrotado y matado al general Cabrinetty. La opinión pública se conmovió por el hecho y culpó a los gobernantes del desastre. Los obreros de Barcelona fueron a la huelga.

El día catorce de junio, la Plaça de Catalunya se llenó de internacionalistas. La manifestación de los obreros barceloneses fue multitudinaria. La plaza fue aquel día el corazón del movimiento obrero. Sin embargo, la ilusión de la revolución social se esfumó rápidamente. Los «voluntarios» y los representantes de la burguesía constituyeron el día dieciocho la llamada Junta de Salvación y Defensa de Cataluña, una de cuyas primeras medidas fue el reclutamiento forzoso. A la mañana siguiente, los bandos y el *Diario de Barcelona* daban la noticia: todos los mayores de dieciocho años debían presentarse en Capitanía para su incorporación a los batallones de voluntarios. Desilusionado por el comportamiento de los «voluntarios», opté por enrolarme en la partida del «Xic de les Barrequetes». El Xic era el hermano pequeño del «Noi de les Barrequetes», que se levantó contra Isabel II pagándolo con su vida. El alias les venía dado por el nombre del hostel que regentaban sus padres cerca de Martorell: La Barraqueta. La partida estaba integrada en las fuerzas federal-republicanas y

mantenía cierta independencia revolucionaria. La constituía un multicolor grupo de obreros, campesinos y pequeños artesanos, y su mejor estrategia era la guerra de guerrillas. Así que me enfundé mi «uniforme» partisano y marché a la guerra, sin saber apenas lo que significaba.

Nos llevaron cerca de Solsona a un campo de entrenamiento. Nos preparaban para hostigar al poderoso y disciplinado ejército carlista en Cataluña. El campamento era un conglomerado de tiendas fabricadas con los más diversos materiales. El rudo aspecto de los componentes de la partida me impresionó: rostros bronceados sin afeitar, uniformes de mil tonos y armas de todas las procedencias y tipos. Compartí jergón y escudilla con los hombres que formaban aquel peculiar ejército. Se adivinaba cierta desmoralización, sabían que los carlistas habían obtenido en la zona importantes victorias causando numerosas bajas a las tropas republicanas. Las municiones escaseaban, por lo que evitábamos hacer prácticas de tiro real, y la comida era insuficiente. Pero la llegada de refuerzos jóvenes y dispuestos elevó la moral de los veteranos, que nos aceptaron entusiasmados. Al cabo de tres semanas se nos suponía eficaces para la batalla, hábiles en la puntería y expertos en el cuerpo a cuerpo.

Pronto me acostumbré a la vida del campamento, a los ejercicios de tiro sin munición, a las caminatas, a las conversaciones alrededor de los fuegos. Tan sólo las prácticas de ataque a la bayoneta me producían un irreprimible desasosiego. Cruel forma de morir y de matar. En nuestras conversaciones de reclutas fantaseábamos respecto a nuestra entrada en combate. Las bromas respecto a nuestro valor y el tamaño de nuestros atributos masculinos nos hacían reír externamente y sentir una especial congoja interior que los veteranos, exentos ya de reservas, llamaban miedo.

Nuestro bautismo de fuego fue terrible.

Volvíamos de una marcha cuando observamos una columna de carlistas avanzando por el camino. Al frente de ella, dos oficiales a caballo con levitas de color azul y pantalón de dril, altas

botas de cuero y sables de reglamento, precedían a unos cuarenta hombres bien pertrechados. Eran veteranos de aspecto aguerrido. La única coincidencia entre sus uniformes azules y nuestros ropajes era el color rojo de sus boinas carlistas y nuestras barretinas catalanas. La enseña del pretendiente, portada por un sargento, era lisa, de un color bermellón, y en su centro podía leerse un lema: «Dios, Patria y Rey» y las siglas V.C. VII (Viva Carlos VII).

El capitán nos mandó agazaparnos y permanecer atentos. Nosotros éramos cincuenta, contando al capitán y a tres sargentos veteranos; el resto, novatos asustados. Apretábamos nuestros fusiles de pistón de un solo tiro, conscientes de que sólo disponíamos de cinco cartuchos de munición por fusil, que era la dotación individual de marcha. Por fortuna, y como era habitual, no habíamos realizado prácticas de puntería y conservábamos intacta toda la provisión. El lugar era perfecto para la emboscada. Podríamos hacer un par de disparos sobre la desprevenida tropa antes de cargar a la bayoneta, ya en franca mayoría. Los sargentos nos dieron las instrucciones precisas:

—Tirad al blanco más cercano, a la cabeza o al pecho. Acordaos de sacar rápido la bayoneta del cuerpo del enemigo, para estar listo para una defensa o un nuevo ataque.

—¡No miréis a la cara de los muertos! —repetían.

Dos campesinos, buenos cazadores, y los tres sargentos se encargaron de los oficiales. El resto dispararíamos por tiempos para permitir la recarga. Al llegar los carlistas a nuestra altura, los corazonos nos latieron violentamente. Nos pegamos los fusiles a la cara y elegimos blanco.

Oí la orden del capitán como si fuera un trueno lejano. Disparé mi fusil y uno de aquellos hombres cayó hacia atrás con la cabeza ensangrentada. Le había apuntado al pecho. No supe nunca si erré el tiro o sólo lo alcé demasiado; una gruesa lágrima resbaló por mi rostro mientras recargaba nerviosamente. Los dos oficiales carlistas habían caído de sus monturas y algunos hombres permanecían tendidos sobre el camino, el resto repelía la emboscada disparando en dirección a la delatora humareda de la pólvora. Una segunda y tercera descarga diezmaron a los carlistas.

La orden de retirada que dieron sus suboficiales supervivientes coincidió con la de nuestro capitán:

—¡A la bayoneta!

Salimos de nuestros refugios para lanzarnos en pos de los carlistas. Todo el que tenía un arma cargada disparó a quemarropa contra el enemigo. Cuerpos heridos y miembros despedazados caían sobre el camino. Esquivé el bayonetazo de un mocetón de aspecto campesino, le golpeé con la culata del fusil en la mandíbula y cayó hacia atrás. Sólo tenía que hundirle la bayoneta donde siempre recomendaba el sargento: «El vientre, ¡en el vientre!». Opté por golpearle de nuevo con el talón del fusil en la cabeza. Cuando me giré la batalla había terminado. Sobre el campo permanecían en pie una veintena de los nuestros. El resto, amigo y enemigo, gemía o agonizaba en el camino y sus cercanías. No sabía a dónde acudir primero. Los lamentos eran terribles. Aquí y allí, heridos de bala o arma blanca.

—¡Dadme el agua y las vendas que tengáis! ¡Traedme a los heridos! —grité.

Improvisé con mantas, sobre un pequeño promontorio, una mesa donde trabajar. El capitán hizo un gesto indicando a los supervivientes que me obedecieran. Estuve varias horas atendiendo a los heridos: taponé heridas, practiqué torniquetes, vendé y entablillé cuanto pude, hasta que llegaron los refuerzos con un comandante médico y varios camilleros.

—¿Es usted médico? —me preguntó el doctor.

—No, sólo soy estudiante; estoy en el último curso —respondí.

—Ya veo, «doctor» —dijo con afectuosa ironía—. Muy bien hecho —añadió, visiblemente satisfecho.

Los soldados se llevaban a los prisioneros carlistas cuando uno de ellos, con la cabeza vendada, se me acercó:

—¡Collóns! Primero me abres la cabeza y luego me curas —dijo sonriendo y en catalán.

Reconocí al mocetón del camino:

—Lo siento —le dije, devolviéndole el gesto.

—Supongo que son cosas de la guerra —contestó ofreciéndome la mano.

Le estreché aquella manaza noble, y le vi alejarse con el resto de prisioneros. No pude evitar pensar en Josep.

Al día siguiente, ya en el campamento, me llamó el comandante Rodríguez, jefe médico del cuerpo de ejército en el cual estaba integrada la partida.

—¿Da usted su permiso, mi comandante? —dije al entrar en la sala que hacía las veces de despacho. La voz del comandante me invitó a pasar. Entré un tanto aturdido y remiso, pero la oronda y paternal figura del oficial me tranquilizó. Su amabilidad confirmó mi primera impresión.

—Quería felicitarte por la acción de ayer —dijo, levantándose del enorme sillón de cuero, probablemente «salvado» en la toma de alguna población. —Te he propuesto para médico de guerra —continuó ya de pie—, y aquí tengo el nombramiento, firmado por Martínez Campos. A partir de mañana te incorporas al hospital.

Salí al exterior trémulo pero satisfecho. No tendría que volver a disparar contra un ser humano y en cambio podría sanarlo. Sin esperar al día siguiente, me dirigí al hospital, pletórico.

El llamado «Hospital de Sangre» había sido una enorme casona con un elegante zaguán que hacía las veces de distribuidor. Un patio central perfumaba de flores silvestres el ambiente. Se notaba que, en su día, aquel patio habría sido un rincón lleno de colorido, pero ahora sólo pervivían las que habían sido capaces de resistir la falta de atenciones. Enredaderas y rosales eran las más numerosas entre las supervivientes. Las marchitas habían sido sustituidas por florecillas silvestres en un intento de la naturaleza por compensar la incapacidad y la dejadez humanas. La casona disponía de dos pisos, ambos recorridos por pasillos que daban al patio. Una docena de estancias por planta nos permitían atender a gran cantidad de enfermos y heridos. Era la típica mansión colonial, muy distinta de las masías y viviendas de la zona. El sello del indiano, de vuelta a casa, estaba presente en cada uno de los detalles.

El trabajo era agotador pero gratificante, tremendamente gratificante. Veía a los soldados entrar rotos, sangrantes, asustados y vencidos por el dolor y el miedo. Y yo podía devolverles la sonrisa, sanarlos y animarlos. En ocasiones, todo mi cuerpo temblaba al comprobar lo que puede hacer la metralla, y me horrorizaban especialmente los estragos de las bayonetas. Carnes abiertas como mantequilla, profundos túneles por donde escapaba la vida a borbotones. No tenían las heridas de arma blanca la espectacularidad tétrica de las balas y la metralla; no obstante, eran igual de mortíferas... silenciosamente mortíferas.

Llevaba un mes en el hospital de campaña cuando el comandante Rodríguez vino una mañana en compañía de un hombre con galones de general. El aspecto de éste último era jovial, aunque rondaría los cuarenta. Se lo veía seguro de sí mismo y capaz; su corpulencia y un inconfundible acento catalán le delataron antes de que mi comandante iniciase las presentaciones.

—Joan, quiero presentarte a Joan Martí —antes de que yo reaccionara, prosiguió—: el «Xic de les Barrequetes», tu general.

Confieso que me emocioné; tenía frente a mí al héroe revolucionario.

—¡A sus órdenes! —balbuceé.

Por toda respuesta, me abrazó:

—Sé lo del encuentro de hace un mes y su labor en el hospital. Le felicito.

—Gracias, señor.

—Toma, te los has ganado. —Y me entregó unos galones de teniente médico.— Sigue así: ¡Por Catalunya y la revolución!

—¡Por Catalunya y la revolución! —les respondí—. ¡Y por la libertad! —añadí.

El Xic y el comandante se miraron y me sonrieron.

—¡Y por la libertad! —apostilló el general.